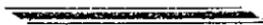


cátedra, ya en el confesonario un ardiente celo por el bien de sus semejantes. Su corazón abierto a la conmiseración le proporcionó muchas veces enjugar las lágrimas del infortunio repartiendo abundantes limosnas. Dotado de un carácter amable arrastraba las simpatías de todos los que tenían ocasión de tratarle. Modesto, jamás se ocupaba de sí mismo i era preciso mucha sagacidad para conocer todo el mérito de sus virtudes i saber, i aun puede asegurarse, Señores, que el doctor Marin ha descendido a la tumba sin haber sido bien conocido. El señor Marin desempeñó con talento i celo varios destinos importantes en la Iglesia: por mucho tiempo ejerció los cargos de defensor de matrimonios, profesiones religiosas i Promotor Fiscal, posteriormente fué nombrado secretario del cabildo eclesiástico, i miembro de la Universidad en las facultades de Teología i Leyes. Sus virtudes i largos servicios le elevaron en el último tercio de su vida al coro de la Iglesia metropolitana, donde siguiendo la línea de ascensos llegó a la dignidad de Chantre, en que falleció el 24 de junio de 1853 sin haber desmentido la alta reputación que arrastra ba de sacerdote virtuoso e ilustrado.

He sido llamado a sucederle i no cuento las virtudes, ni los talentos de mi predecesor. Pero ya que habeis querido asociarme a vuestras tareas os manifiesto en esta ocasión solemne mi profundo reconocimiento por el honor que sin mérito de mi parte acabais de hacerme, acercándome a vosotros. Mi gratitud es tanto mayor, cuanto era menor el derecho que tenía yo a esperar la distinción con que me habeis honrado.



Discurso pronunciado por FRAI CARLOS EMILIO LEON, en el acto solemne de recibir el diploma de miembro de la Facultad de Teología i Ciencias Sagradas, en la Universidad de Chile, el día 28 de Mayo de 1857.

SEÑORES.

Profundamente conmovido me presento en medio de vosotros en este momento acaso el mas solemne de mi vida, el cual permanecerá grabado en mi corazón con caracteres de perpétua gratitud; porque hoy me designais por vuestra indulgencia un asiento en el respetable cuerpo universitario, i me elevais a un lugar digno solamente de una inteligencia bien cultivada con el estudio de la santa doctrina, i no jóven, oscura i sin aventajados conocimientos como la mía. No sé que cosa ajite i turbe mi espíritu: si el profundo convencimiento de mi nulidad, o la gratitud que os debo por tan honrosa distinción literaria. De todos modos,

yo espero que este sea un estímulo que me anime a trabajar con empeño en la adquisición de las luces, única ofrenda que desde luego puedo presentar a la Facultad de Teología i Ciencias Sagradas, i abrigo la confianza de que sea bien recibida. Aprender para enseñar, i enseñar para difundir los conocimientos en nuestra querida patria, he aquí el objeto primario i principal que se proponen, tanto la Universidad como el Supremo Gobierno al promover con tanto empeño la educación popular. Al ceñir mis sienes con un lauro tan glorioso como inmerecido, me es altamente satisfactorio ofrecer mis cortos servicios para coadyuvar a tan santa obra, no omitiendo sacrificio alguno para llenar aunque imperfectamente los buenos deseos que se propone la Facultad de Teología al admitirme en su seno.

Pero ya que me cupo en suerte este lugar tan distinguido, séame lícito remover por un instante el polvo del sepulcro, esa barrera formidable que separa la materia del espíritu, el tiempo de la eternidad, para divisar bajo la losa fúnebre los despojos del malogrado jóven, del sacerdote eminentemente cristiano que con tan sobrado mérito ocupaba el lugar que yo vengo a llenar con tanta desproporcion; semejante al soldado novel que viene a ocupar el puesto que dejara vacío en su fila el valiente i esperto veterano segado por la muerte en el campo del honor. Comprenderéis señores, que hablo del finado presbítero don Pedro Ovalle muerto casi en la primavera de la vida, pero cargado de sobresalientes méritos i de relevantes virtudes.

El sacerdocio católico es sin disputa el elemento para hacer la felicidad de los pueblos, para difundir los bienes de la caridad i procurar tambien al que lo inviste la gloria de los justos, siempre que el corazon como una tierra virgen preparado por el temor de Dios germine los ópimos i multiformes frutos de todas las virtudes. El señor don Pedro Ovalle poseia ademas de estas cualidades tan indispensables en un ministro del Señor, sublimes prendas naturales que realzara mas la completa educación con que enriqueció su vasta pero modesta inteligencia. Obedeciendo a la vocación del cielo, se incorporó en la milicia sagrada siendo demasiado jóven todavía, i dió principio a los estudios eclesiásticos en el convento de Nuestra Señora de la Merced. El Ilustrísimo i Reverendísimo señor Vicuña, plenamente convencido del mérito del señor Ovalle, cuya modestia tanto convenia con la de aquel venerable i digno Prelado, lo hizo su familiar, pasando despues al Seminario Conciliar para dedicarse con tenaz empeño al estudio de las ciencias sagradas i a los demas ramos que forman la educación competente del sacerdote. La Teología, la Literatura, el Derecho Canónico i Civil ocuparon la atención de este virtuoso jóven, que lleno de modestia i natural pudor no tomaba sino con repugnancia los primeros bancos de la clase, distinción honrosa con que algunas veces le premiaban sus profesores, para estimular mas a sus condiscípulos, que veian ya en él la probidad de un anciano, el consejo de un sábio i la afabilidad, dulzura i franqueza de un buen amigo. Tan bellos antecedentes le merecieron el cargo de Inspector que se le confirió para que inoculara los buenos principios en la juventud, depositando en él los superiores su mas entera confianza. Mas tarde se le nombró Vice-Rector, profesor de Filosofía, de Historia Eclesiástica, puestos en que brilló mejor su saber i su bien cultivada inteligencia, lo que dió mérito a varios honrosos informes de los Delegados Universitarios que presenciaron los exámenes de sus alumnos.

Pero el señor don Pedro Ovalle, jóven de tantas esperanzas, era acreedor a una

vida mas pública en que le fuera dado sacar ir ese natural apocamiento de las almas virtuosas; su pluma, aunque recién preparada, tenia que esprimir verdades amargas para muchos que no comprenden bien el carácter de la religion revelada. En la *Revista Católica* aparecieron sus brillantes i juiciosos artículos, i el Cuerpo Universitario le oyó en iguales circunstancias a las mías, un interesante i sábio discurso sobre la intolerancia de la Iglesia. El Ilustrísimo i Reverendísimo señor Arzobispo doctor don Rafael Valentin Valdivieso desea un hombre laborioso i prudente para que lo acompañe en el penoso despacho de los negocios eclesiásticos de la Arquidiócesis; i en la persona del señor Ovalle encuentra un sacerdote dotado de todas las cualidades que requiere tan importante i delicado empleo; por tanto no vaciló en nombrarle su Secretario de Cámara. Mientras desempeñaba este destino, tuve ocasion de tratarle varias veces mui de cerca, i verdaderamente, señores, encontré en él un sacerdote mui digno, franco, afable i modesto, cualidades todas, principalmente esta última, que se revelaban en su fisonomía i en la expresion de su semblante. Apenas habia salido el señor Ovalle a la vida pública, cuando sus virtudes, su talento, sus conocimientos i sus demas prendas le presajaban un venturoso porvenir i un lugar distinguido en el respetable clero chileno, a la prematura edad de 33 años, su vida, en flor todavía se agostó con el hielo de la muerte. . . . Sus deudos i amigos tienen fresca en sus corazones la herida, que les abriera tan irreparable pérdida, la Iglesia chilena vió volar con él una esperanza, i la Facultad de Teología i Ciencias Sagradas perdió tambien uno de sus miembros de merecida reputacion i fama. ¡Cuán cierto es que aunque la modestia oculte el mérito durante la vida, la posteridad le hace despues justicia, consagrándole al menos un grato recuerdo! Por eso dijo mui bien el inmortal Balmes, « los hombres grandes son a veces mas grandes de lo que creen: i es que no conocen todo su grandor, por no saber que son instrumentos de estos designios de la Providencia. » Si el señor Ovalle habia recibido con este fin tan bellas prendas naturales, le dieron un realce superior sus distinguidos conocimientos adquiridos por medio de una esmerada educacion religiosa. Creo haber insinuado con esto el asunto de mi discurso, que si es mui del caso para todos los tiempos, lo es principalmente para el siglo que atravesamos; en que aparecen tendencias tan alarmantes a las malas doctrinas, hostiles al catolicismo, esta institucion divina, única que entraña el bienestar, tanto de los individuos como de las naciones: lo diré de una vez señores: *La educacion religiosa de la juventud solo puede asegurar un brillante porvenir para los Estados.*

Sombrio cuadro presentaba, señores, la humanidad a la época en que nació el cristianismo. Cubiertas de bellas apariencias, i herida en su corazon con una enfermedad de muerte, propagaba la corrupcion mas irremediable i espantosa. La moral sin base, las costumbres sin pudor, sin freno las pasiones, las leyes sin sancion, la religion sin Dios, flotaban las ideas a merced de las preocupaciones del fanatismo religioso i de las cavilaciones filosóficas. El hombre era un hondo misterio para sí mismo. El jénero humano yacia postrado con el peso de la gruesa cadena de hierro que habian atado a su cuello los tiranos; i mientras jemia en la mas abyecta esclavitud, se alzaban los héroes, i hasta los mas detestables monstruos sobre las aras de los dioses.

Con semejantes elementos debia sobrevenir tarde o temprano la disolucion social; porque no habia una idea fecunda, ni un pensamiento consolador, ni una vislumbre de esperanza que pudiese salvar a la sociedad de la ruina que la ame-

zaba. La idolatría, resorte gastado con el tiempo i con el uso grosero que de él habían hecho las pasiones, había perdido su fuerza moral, i solo merecía de los pueblos una mirada indiferente; i si por efecto de arraigados hábitos ejercía todavía algun influjo mecánico, por decirlo así, no era éste capaz de restablecer la armonía social, ni de producir aquel fogoso entusiasmo inspirador de las grandes i virtuosas acciones, principalmente en las clases mas humildes de la sociedad. A juzgar por la relajacion de costumbres, por la flojedad de los ánimos, por la afeminacion i el lujo, por la ardorosa afición a los mas repugnantes espectáculos i a los placeres mas abominables, se vé claro que las ideas relijiosas nada conservaban de la vitalidad i energía que pudieron tener en los tiempos primitivos. No era posible que sucediese de otra manera: pueblos que se habían levantado al alto grado de cultura de que podían gloriarse los Griegos i los Romanos, que habían oído a filósofos como Platon i Marco Tulio, no podían marchar a su ruina sino porque no encontraban en las doctrinas aquella consistencia i solidez que se necesita para salvar el corazón en el naufragio de las pasiones, i poderlo dirigir por la senda segura de la verdad. El mundo todo yacía luchando con la agonía de la muerte; desesperado i violento, agitado como el moribundo por el delirio de una fiebre fulminante, no atinaba con el camino que lo condujera a la investigación de la verdad, que purificando la atmósfera infecta con los miasmas de las pasiones, estableciera leyes firmes i permanentes en los estados, santificara la union conyugal, criara la moralidad en la familia llamada por el Hacedor Supremo al cumplimiento de grandes destinos sobre la tierra; hiciera conocer al hombre su grandeza i dignidad, i preparara la inteligencia, esa luz pura emanada de la divinidad, para entrar en los grandes i sublimes misterios que ligan a la criatura con el Criador, al hombre con Dios. Todo estaba perdido, porque todo estaba subyugado a los caprichos de una razon dañada con la ponsoña de la transgresion fatal; desgraciado el ser finito que marcha por la oscura senda que le señalan sus cargos, sin acordarse jamás de su orijen divino! Así había cavado el hombre con sus propias manos la fosa en la cual había de enterrar para siempre su verdadera felicidad. Ved aquí, señores, un lijero i jeneral bosquejo de lo que era el hombre ántes que apareciera sobre la tierra el Mesias. Salvador: ántes que esa doctrina pura traída del cielo ilustrara las inteligencias con un abundantísimo foco de fulgor divino: ántes que el Verbo encarnado comunicase la vida, luz del jénero humano segun San Juan. (1) *Vita erat lux hominum.*

Largo tiempo, hacia señores, que Dios había dispuesto de las naciones. El mismo día, aquel eterno día, en que decía a su hijo: *Tu eres mi Hijo, yo te he enjendrado hoy* (2) añadía inmediatamente: *pideme i te daré las naciones por herencia.* De este modo el Hijo de Dios recibía a un mismo tiempo de su Padre la sustancia divina, i el dominio de las cosas criadas, segun estas palabras del Apóstol: *Dios nos ha hablado por su Hijo, a quien ha hecho heredero de todo.* (3) Una estrella de esperanza aparece iluminando el oscuro horizonte del mundo. Así como un propietario visita i cultiva su heredad, así el Hijo de Dios hecho hombre viene para hacer la felicidad de todos los hijos de Adán, i afianzar la ventura de todos los pueblos que reciben la influencia de la doctrina divina sellada con su sangre

(1) Cap. 1.º v. 4.º

(2) Smo. 2 v. 7.º i 8.º

(3) Epl. a los lib. cap. 1 v. 2.

preciosa. Jesucristo dijo a los suyos: *id i enseñad a todas las gentes*, (4) i el cristianismo principió a dilatarse, i sin proclamar ninguna alteracion en las formas políticas, sin atentar contra ningun gobierno, sin injerirse en nada que fuese mundanal i terreneo, llevó a los hombres una doble salud, Hamandolos al camino de la felicidad, al paso que iba derramando a manos llenas el único preservativo contra la disolucion social, el jérmen de una rejeneracion lenta i pacífica, pero grande, inmensa, duradera a la prueba de los transformos de los siglos. Y ese preservativo contra la disolucion social, i ese jérmen de incestimables mejoras, era una enseñanza elevada i pura, derramada sobre todo los hombres sin excepcion de jerárquía, sexo ni condiciones, como una lluvia benéfica que se descata en suavísimos raudales sobre una campiña mustia i agostada. Mui bier, señores, ¿i esta doctrina pura como la divinidad de donde trae su crijen, ha dejado de producir la felicidad de las naciones siempre que se ha inoculado en todos los espíritus? Mas de diez i ocho siglos hace que marchando al traves del Politeísmo i de todos los errores, la Iglesia ha recibido honrosas heridas en los hijos que nutriera con la sávia de la verdad, ha salpicado su cándido manto la sangre de los mártires; pero jamas ha dejado de alumbrar al hombre en el áspero i lóbrego camino de la vida dirijiéndolo a la cima de la perfectividad moral. Si tal es el carácter de la doctrina revelada, no hai duda que el mejor norte que puede conducir a los estados a un porvenir brillante, a efectuar con la equidad i justicia la felicidad de los asociados, es la educación relijiosa de la juventud que se levanta, porque ella es la herencia de las naciones que componen el patrimonio del Verbo: *Dabo tibi gentes hæreditatem tuam*.

El hombre es naturalmente amante del bien, lo busca en todas las circunstancias de la vida, i concibe infinitas ideas para proporcionarse el bien mas grande, la posesion de la verdad. Todo sistema que lo estravíe, que lo precipite en el abismo del error, es contrario a su naturaleza, a su intelijencia tan ambiciosa de verdadera felicidad. Jeneralmente hablando, todas las concepciones humanas encierran una multitud de aberraciones monstruosas, siempre que hayan nacido de otra fuente que la divinidad, porque la verdad solo viene de Dios que es la perfeccion por excelencia. Ahora bien, si lo que perfecciona la naturaleza del hombre es la verdad i no conociéndose esta completamente sino por la educación relijiosa, es indudable que ella debe ser el gran faro que ilustre las intelijencias. Ciertamente, con ella debe nutrirse i fortalecerse la intelijencia. La educación relijiosa, las catedras de la mas sublime filosofía abiertas a todas horas, en todos los lugares, para todas las clases del pueblo, han formado siempre el corazon activo i fuerte en el desempeño de las obligaciones del hombre ya como súbdito, ya como soberano: él ha recibido por este medio las mas altas verdades sobre Dios i sobre si mismo. Las reglas de la moral mas pura no han sido comunicadas a un número escojido de discípulos en lecciones misteriosas como en las famosas escuelas del mundo pagano, la sublime filosofía del cristianismo ha sido resuelta, se ha atrevido a decir a los hombres la verdad entera i desnuda i eso en público, en alta voz, con aquella jenerosa osadía compañera inseparable de la verdad. ¡Esto no es, señores, una buena i segura garantía de la felicidad i brillante porvenir que promete a los estados? ¿De qué sirven tantos hombres sin corazon, sin vida moral para defender las trincheras de la verdad cuando se en-

(4) Mat. cap. 28 v. 19.

encuentra combatida por erróneas i absurdas doctrinas? La juventud educada con la doctrina de Jesucristo, hablará el lenguaje de su maestro divino que dijo: «Yo siempre he manifestado la verdad a presencia de todo el mundo: he enseñado en la Sinagoga, i en el templo a donde asisten todos los Judios: i a escondidas no he hablado una palabra». (5)

Pero se dirá, muchos hombres que han recibido una fina i esmerada educacion religiosa permanecen frios espectadores de las necesidades públicas, e indiferentes para propagar la sana doctrina i defenderla: no se recibe esa enerjia i valor de los buenos principios sino de la actividad de un corazon fuerte i arrojado. Convenidos en parte: no hai duda que las pasiones pueden adormecer esa actividad, pueden debilitarla, pero jamas aniquilarla i destruirla, porque la fé es divina, i esa conviccion que se ha recibido mediante una educacion esmerada i perfecta, impera poderosamente en el corazon; así es que debemos declarar con santo orgullo que son mui escasos los hombres que profundamente instruidos en los misterios de la religion, hayan desertado de sus ilas; habrá algunos ejemplos, pero esos probarán solamente que el corazon puede obstinarse, puede cerrar sus puertas para que no penetre en él la luz pura de la verdad. El hombre por débil i extraviado que se le considere, tiene siempre una cuerda secreta que Dios i la verdad pueden tocar, i entónces nada hai que lo contenga en la promocion i dilatacion de grandes e inmensos bienes, porque hablan en él su fé i su conciencia, Dios i su intelijencia, la voz enérgica i firme de su espíritu. I de no cómo es que los mártires arrostraban todos los peligros i sufrían con riza celestial la muerte mas cruda i aserba? cómo el sexo frágil sostuvo victoriosamente la lucha durante siglos, sin que su fé se gustara con la persecucion? cómo tantas mujeres ilustres vieron sacrificarse bajo la cuchilla de los verdugos las prendas mas caras de su tierno amor sin renegar de sus altas creencias? ¡Ah! Es que los buenos principios, la conviccion íntima de la verdad apoya i sostiene al débil, i dá a todos los hombres sobrado coraje para defender la buena causa, para trabajar por el bien no solo individual sino social i comun, para propender al progreso i al bienestar de la patria.

Los buenos principios no darán siempre al corazon un poder atrevido i emprendedor, porque hai corazones naturalmente pusilánimes i cobardes, o susceptibles de pasiones fuertes. Pero esto ¿qué hace en contra de la educacion religiosa? Nada, absolutamente nada: seria lo mismo que decir, que en la agricultura, por ejemplo, las buenas semillas eran inútiles, porque hai terrenos ingratos en donde nada puede cosecharse a pesar de los penosos sacrificios del labrador: ¡absurdo monstruoso que resalta a la luz de la razon! Convengamos pues en que la buena educacion, la educacion en las verdades de la religion inspirará nobles acciones, sacrificios jenerosos, hará buenos amigos, majistrados íntegros, sacerdotes virtuosos, derramará la paz i criará la harmonia en todas las clases de la sociedad. No son estos los mejores elementos para asegurar dias gloriosos a los estados? ¿No son estos los preciosos jérmenes que ha desarrollado la educacion religiosa en todos los pueblos del mundo? Responda la historia: respondan tantos sábios escritores contemporáneos que confiesan esta verdad con toda la enerjia que pueden inspirarles sus sanas convicciones. Es imposible creer que una juventud educada en los principios religiosos, olvide enteramente las sábias

(5) S. Jn. cap. 18 v. 20.

máximas que le enseña la doctrina de Jesucristo, doctrina que es la base de toda legislación i de todo derecho. Ningun hombre que desde la infancia haya sido alimentado con ella, puede decir; «yo creo porque creo» porque además de saber que esto es injurioso al mismo Dios que nos ha dado motivos razonables para la fé, degrada también la dignidad de su ser. La criatura racional instruida en las verdaderas máximas de la religión puede decir con la mano puesta sobre su corazón: *creo* porque tengo fé en la palabra de Dios que me ha señalado el camino de la verdad; *creo*, porque esta es la convicción que me inspira mi razón, mi inteligencia ilustrada, aunque contenida en sus justos límites por aquel que puso también límites al mar que jamás podrá traspasar. Tan necesaria es en todos los hombres la educación religiosa, que sin ella imposible le sería desempeñar la alta misión que la divina Providencia le ha confiado al establecerlo en sociedad, la de estender las fronteras de la verdad, i combatir el error en la órbita que le ha sido señalada. Permitidme, señores, citar cuatro palabras análogas a mi asunto de un célebre protestante convertido al seno de la Iglesia después de diez i seis años de un estudio profundo de la religión en sus verdaderas fuentes. Mr. Carlos Luis de Haller en una sentida carta escrita en París, (6) después de manifestar a su esposa i familia del modo más tierno i patético los motivos de su conversión, se expresa así: «Por el bien de la humanidad es necesario también haya « hombres que se decidan a defender o restablecer la verdad, especialmente en « una época de gran crisis, i en este caso el hombre no es suyo, no es dueño de « sí mismo, hai una Providencia superior que señala a cada uno su lugar. El (ha- « bla de Dios) es el que me concedió esos dones de espíritu i de corazón que des- « de la niñez me hicieron amar con pasión la verdad, o combatir el error, o lo que « me parecía tal: El es el que me inspiró después esas ideas sencillas i feli- « ces, cuyo desarrollo me hizo descubrir un nuevo mundo de verdades: El que « hace diez i seis años, me dá esta aplicación esclusiva al mismo objeto, ese valor « moral de que yo mismo me admiro muchas veces, esta perseverancia imper- « turbable, a pesar de tantos disgustos i sinsabores de mi estremada sensibilidad « i de mi natural timidez». No hai pues que dudarlo, señores, solo la religión puede inspirar tan profundas máximas i dar al hombre ese temple de las almas grandes que están llamadas a dirigir con abnegación i filantropía la marcha de los estados por la vía del progreso i de la verdadera civilización.

He dicho, señores, que el hombre es amante de la felicidad: i en verdad; esta es una condición tan indispensable para la perfección de su naturaleza, que la una no puede existir sin la otra. Siendo pues la felicidad relativa a la naturaleza del ser humano, se sigue que no podrá ser feliz sino por la entera conformidad a las leyes que resultan de su naturaleza. En una palabra, que no hai dicha ni felicidad perfecta sino en el orden que es la fuente del bien, como el desorden es la del mal, tanto en el mundo moral como en el físico, lo mismo para los individuos, para los pueblos, como para los estados. Pues bien: este orden que forma lo que se llama la perfección moral, no se encuentra sino en el conocimiento de las leyes divinas que son la pauta por donde el hombre puede arreglar en la tierra todas sus acciones para que contribuyan a la felicidad de los pueblos. Conocer, amar, obrar, he aquí el hombre i lo que entre los demás animales le distingue. De la armonía de estas facultades i de su perfecto desarrollo, resulta

(6) 13 de abril de 1821.

la felicidad del individuo i aun la de los estados. Conoce su mision sobre la tierra, que ha nacido para obedecer i respetar las leyes como que emanan de Dios, quien procede todo poder; ama a los hombrés como que son sus hermanos; su corazon no puede permanecer indiferente al espectáculo de la miseria i de la desgracia; i por fin, circunscrito a un círculo de acciones comunes a todos los asociados, las ejecuta, las cumple, so pena de hacerse reo de lesa humanidad. ¿I quién no vé que grabados tan santos principios en el corazon de la juventud: arraigados i cultivados en él, quién no vé, repito, que serán un venero precioso, un manantial inagotable de bienes inmensos para los estados? Quitad esa armonía i dependencia entre nuestras facultades, que solo puede producir la educacion relijiosa i al instante veremos nacer del mismo desórden la pena i el dolor. El hombre en el estado de la ignorancia vive i obra aciegas; ni sabe lo que debe amar, ni lo que le es licito i se puede permitir; i si para su mayor desgracia la ignorancia es total como el idiotismo absoluto, se acaba todo amor, su accion carece de regla, i el individuo muere moralmente. El error, viciando el amor, desarregla las acciones, i pone al hombre en relaciones falsas, i por consiguiente funestas para con sus semejantes, con la patria que lo vio nacer, i con el estado que rije sus destinos en la sociedad: ¡i ¡ai! señores, si semejante nulidad moral llegase a invadir las altas rejiones del mundo i del poder! el desórden seria estremo, todo peligraría, la inteliencia, el amor, el corazon. (7) *Cuando estabamos sometidos a la lei de la carne*, dice enérgicamente el libro divino, *obrando en nuestros miembros las pasiones desarregladas, daban frutos de muerte*. Solo pues la educacion relijiosa i cristiana puede dar a los estados lo verdadera vida, la vida de la caridad, sin la cual no hai paz, no hai órden, no hai estabilidad en las instituciones, ni nada de lo que puede producir el bienestar i la juventud que se

Cuando la educacion relijiosa no se prodiga ámpliamente a la juventud que se levanta, los estados no pueden esperar sino funestos resultados, épocas de luto i de dolor en vez de los dias bonancibles i serenos, que la paz jeneradora de toda felicidad derrama en el seno de la sociedad, siempre que la relijion es la base de la educacion pública. Sangrientas revueltas, la mas espantosa anarquía, el trastorno moral mas completo i la ruina de toda institucion benéfica; he aquí, señores, el fruto amargo que tienen que cosechar los pueblos; cuando se mira con una apatía culpable el estudio de la relijion, medicamento de todos los males. I entónces ¿quién podrá salvarlos de tan lamentable estado? Solo la vuelta a los sanos principios relijiosos, únicos que pueden proporcionar antidoto eficaz contra todas las enfermedades morales del individuo i de la sociedad. En prueba de esto escuchad al elocuente filósofo Balmes. «Hubo un tiempo, dice, (8) en que inundada la Europa por una nube de bárbaros, vió desplomarse de « un golpe todos los monumentos de la antigua civilizacion i cultura: los lejisla- « dores con sus leyes, el imperio, con su brillo i poderío, los sábios con las cien- « cias, las artes con sus monumentos, todo se hundió: i esas inmensas rejiones « donde florecian poco ántes toda la civilizacion, relijion i cultura, que habian « adquirido los pueblos por espacio de muchos siglos, víéronse sumidas de repente en la ignorancia i barbarie. Pero la brillante centella de luz arrojada « sobre el mundo desde la Palestina, continuaba fulgurando aun en medio del

(7) Ep. a los Rom. cap. 7.º v. 3.

(8) El protestantismo, etc., tomo I, cap. 12.

«caos: —pasaron los siglos, fué estendiendo su órbita brillante, i los pueblos vie-
ron presentarse como sol resplandeciente esparciendo por todas partes la
« luz i la vida ».

¡Oh señores! nosotros tambien somos una fraccion de esos pueblos, tambien fuimos miembros de esa gran nacion, de la heroica España, que por tantos años tuvo a su cuello la cadena del esclavo: de ella recibimos esa luz divina que la iluminó en la tenebrosa noche de su desgracia, i merced a su influencia benéfica, Chile, entre los Estados americanos despues de una lucha sangrienta, ha volado por la senda del progreso, i ha visto alborar la aurora de la felicidad. Tan inestimables beneficios no pueden asegurarse muchos años sin la educacion relijiosa de la juventud. En verdad, señores: si hai alguna cosa intimamente enlazada con la suerte de los estados, si hai alguna que deba excitar la solicitud tanto de los gobiernos como de los particulares, i capaz de precaver la ruina de las generaciones futuras, es sin duda la educacion relijiosa de la juventud. Cuando el torrente devastador, ha dicho mas o ménos un célebre Obispo frances, precipitó en el abismo el trono i el altar, arrastró en sus impetuosas corrientes aquellas instituciones científicas que formaban el orgullo de la Francia; todo quedó sepultado entre los escombros de la ruina mas espantosa. Los novadores se glorriaban de persuadir a los pueblos, que las creencias relijiosas habian retardado el desarrollo de la *razon*, inscribiendo con afectacion en los templos, que consagraban con este nombre, el lema de *educacion nacional*: ¡baldon monstruoso que quisieron poner sobre la frente de sus abuelos; pero una triste esperiencia les dió lecciones bien amargas! Cuan cierto es que el hombre sin la educacion relijiosa, sin ese freno que lo contenga en los límites de su razon, mina los cimientos de los imperios i de los gobiernos, gloriándose en la ruina que fraguó su mano devastadora, como el tigre que se regocija cuando devora su presa.

Profundamente impregnado el hombre del pensamiento de la divinidad, e introducida la relijion en su corazon; el sentimiento del amor i la esperanza de la vida futura le hacen capaz de todos los esfuerzos i de todos los sacrificios que puede exigir la virtud. ¿I por qué otro medio que la educacion relijiosa pueden surgir esos sentimientos en el alma de la juventud? Ella es una antorchita luminosa que acompaña al jóven en los lugares mas peligrosos, i un centinela que a todas horas está vijilante a las puertas del corazon para no dar entrada en él al monstruo funesto del vicio. La relijion con sus amenazas i sus dulces insinuaciones suaviza la acritud de los jenios, reprime los vicios en su nacimiento, anima al débil, hace reinar la decencia, el órden i la paz; i el jóven, ora en los bancos de un establecimiento literario, ora en el hogar doméstico, será mas humilde, mas respetuoso, i se preparará desde temprano para desempeñar mas tarde con ejemplar honradez, los elevados cargos que la sociedad ponga sobre sus hombros. Para conocer mejor la necesidad de la educacion relijiosa como el medio mas eficaz de promover la felicidad de los pueblos, veamos cual es su grande i principal objeto. Lo diré en dos palabras: trabajar para el porvenir, preparar i formar en el jóven al hombre ya hecho, i armarle contra todos los peligros que mas tarde deben amenazarle en el áspero camino de la vida; i a fé, señores, que este es un gran trabajo, pero precursor de inmensos e incalculables bienes.

Sigamos ahora a la juventud al salir de los establecimientos de educacion para no volver mas a ellos: entónces comienza para ella una época enteramente

nueva; desembarazada de una vijilancia importuna, entra en el reino de la seduccion, su corazon como un bajel sin vela navega a la ventura en el mar proceloso de las pasiones. ¿No será inevitable su naufragio si la creencia severa de la relijion no lo ha fortificado contra los ataques del vicio, i si costumbres puras no han preparado el áncora saludable para la época de la tempestad? Sin duda alguna, pero cuando la educacion relijiosa ha producido sus frutos en el corazon de un jóven, es preciso que éste, ántes de abandonarse al vicip, combata largo tiempo sus impresiones secretas; i aun cuando parezca que está adormecida, vive todavía en el fondo de su alma; desde allí clama de cuando en cuando para despertar al culpable, i no pocas veces logra volverle al camino de la justicia. No sucede así cuando se ha bebido la doctrina en las fuentes corrompidas de los malos principios: por eso dijo bien un empesinado enemigo del cristianismo: «Habia creído que era posible ser virtuoso sin relijion; pero estoy bien desengañado de este error. ¡Desgraciadas en efecto las jeneraciones nacientes, si no conocemos que cuanto mas jeneral i popular sea la instruccion, es tanto mas importante que sea relijiosa! Si así no fuese, si se descuidase la educacion relijiosa de la juventud, el corazon quedaria estéril, el pueblo se entregaria al materialismo mas completo, ísolo por instinto conservaria ciertos principios naturales de virtud, como el bruto que distingue las yerbas que le son nocivas: aun mas, las inclinaciones groseras le halagarian la sensualidad, el orgullo, la envidia i el amor secreto de la independencia exitarian su corazon haciéndolo mas indócil, i preparando así a los gobiernos obstáculos, inquietudes i dificultades insuperables en su marcha, i a la sociedad en jeneral males terribles i funestos. No se diga por esto que fuera de la educacion relijiosa, sean inútiles los otros conocimientos industriales i mecánicos, i todas aquellas artes i ciencias que contribuyan a mejorar la condicion del hombre i el estado de la sociedad; no, por el contrario, la relijion ha protegido siempre toda institucion que tenga por objeto la adquisicion de conocimientos útiles al bienestar moral i material de los pueblos; lo que quiere es, que de tal modo se difundan éstos, que no por eso se olvide la instruccion relijiosa, que no se pospongan a los intereses del tiempo los intereses de la eternidad. Mírense sino en Francia esos humildes profesores conocidos con el modesto nombre de Hermanos de las escuelas cristianas, las Hermanas del Buen Pastor poco ha establecidas tambien en nuestra querida patria, i mil otras instituciones benéficas destinadas a hermanar la educacion social con la relijiosa, a ligar el cielo con la tierra, debidas todas al celo del mas acendrado catolicismo. Tan léjos ha estado la Iglesia de ser hostil a la educacion social i literaria, que en el siglo XII, el concilio III de Letran, para no privar a los hijos de la clase indijente, del beneficio de la instruccion primaria, mandó que en cada catedral hubiese un maestro encargado de estos humildes establecimientos. En horabuena, instrúyase al pueblo, pero ante todo en la relijion. Trabajar en instruirle sin procurar hacerlo ¡mas relijioso, es caer en el mas funesto absurdo que puede cometerse para contener el torrente asolador de los estados, se le dá mas ímpetu i vigor. Creer por esto que la civilizacion cristiana es enemiga de las ídeas liberales, que ha combatido a sangre i fuego por apagar el noble sentimiento de libertad, impreso en el corazon por el mismo autor de la naturaleza, sería, señores, el error mas garrafal que imaginarse puede. Yo convengo en que la relijion ha sido enemiga de las malas doctrinas que han pretendido ele-

var al rango de ciencias, la blasfemia, las revoluciones sangrientas, el divorcio, el suicidio i demas plagas destructoras de la felicidad de los pueblos; i hasta a gloria de serlo: pero ama las doctrinas liberales que bien comprendidas son fecundas en sentimientos de amor i respeto hácia la divinidad, en piedad filial, en consagracion al bien de nuestros semejantes, en sumision al órden establecido, en principios conservadores de la tranquilidad i de la felicidad jeneral; las ama, las sostiene, i, por decirlo mejor, estas doctrinas son la religion misma.

La filosofia, esa ciencia profunda i oscura que ha formado, señores, tantos hombres grandes i tantos pequeños, que ha elevado el entendimiento hasta la divinidad, haciéndolo conocer verdades sublimes, i que tambien lo ha abatido hasta los abismos sumerjiéndolo en un caos espantoso de aberraciones i de dudas, no será mas que un loco delirio, sino va acompañada de una esmerada educacion relijiosa. En efecto, bien conocidos son los males que ha causado a los estados toda filosofía que niegue el principio de autoridad que dimana de Dios, i las otras verdades contenidas en el sagrado código de las revelaciones divinas. La Francia nos ofrece un triste ejemplo en la revolucion del siglo pasado. Thiers, Lamartine i varios otros nos han pintado con fuertes pinceladas tan espantosa catástrofe. Pero la filosofia en los momentos que tiene de buena fé nos enseña i advierte, que, no hai felicidad en el mundo, tanto para el individuo como para el estado, fuera de la religion, porque sin ella no hai certeza, recto criterio, ni esperanza de venturoso porvenir. «Cuando quiero instruirme, decía un filósofo, (9) sobre la naturaleza de Dios, sobre la mia, sobre el origen del mundo i sobre su fin, mi razon se confunde. Si en esta noche profunda encuentro el único sistema que puede satisfacer el deseo que tengo de ser feliz ¿no deberé creer que el que me conduce a la felicidad, es el que no puede ni sabria engañarnos?»

Pero el hombre, señores, seducido por una falsa educacion, estan estrañamente enemigo de sí mismo que aborrece la única doctrina que dá valor i estimacion a su existencia, i hasta mira como un triunfo establecer sobre las ruinas de esta doctrina celestial i divina, errores igualmente desoladores i greseros. He aquí la razon porque ha sido necesario que la educacion cristiana, sin cohartar la libertad, humillase, abatiese i aniquilase el orgullo humano, para hacer entrar al hombre en el camino de la felicidad que desde temprano, sin este elemento, queda obstruido por las pasiones. Si alguno, dice el Apóstol San Pablo, (10) no abraza las sanas palabras de Nuestro Señor Jesucristo; i aquella doctrina que es conforme a la piedad, es un soberbio, nada sabe, flaquea i se consume sobre cuestiones i contiendas de palabras, de donde nacen i se orijinan envidias, rencillas, blasfemias, sospechas malas, pensamientos perversos, altercaciones continuas de opiniones entre hombres de entendimiento corrompido i que están privados de la verdad, intentando suscitar cuestiones sobre la piedad. Así es como la doctrina revelada condena a eterno oprobio esa educacion puramente filosófica i racionalista que tanto se ha pretendido enaltecer, ¿i quién dudará que semejantes ideas alejan la juventud de su verdadera perfeccion, del respeto a las leyes i del cumplimiento de los divinos preceptos? En verdad, todo bien depende de Dios que es el bien sumo i la verdad por excelencia; i donde Dios no está, como dice Ter-

(9) Monperthus. Esai de Philosof. meral.

(10) Ept. 1. ad Timoth. cap. 6. v. 3 siguientes.

Juliano, no hai verdad alguna. Dios no está en el entendimiento del ateo; i el ateo si es consiguiente repela de sí todas las verdades, aun las físicas, i cae en un pirronismo universal; de la misma manera Dios se encuentra solo de un modo imperfecto en el entendimiento del deísta, e indeciso, no posee mas que verdades imperfectas i oscuras. Por el contrario, Dios, esa providencia divina que vela sobre nuestros destinos, está (lo digo con toda la conviccion que mi conciencia i mi fé me inspiran) en el corazon del hombre ilustrado por la doctrina revelada, i la voz secreta, pero enérgica, de su espíritu le recuerda que es un deber sagrado e imprescindible, el desempeñar con pureza i santidad el rol que a cada cual le ha cabido como miembro de la sociedad a que pertenece. Donde la conciencia relijiosa está muerta diré así, por la falta de sana doctrina, los estados no pueden esperar sino ruinas i miserias; pero donde está viva por la fé, donde cada hombre es un hermano, cada enemigo un objeto de amor, recomendado por Cristo en la cima del Calvario, donde en fin halaga al corazon la posesion de una otra vida feliz, allí los estados tienen en el alma de cada individuo un jérmén de su futura grandeza, mas o ménos fecundo segun haya sido la escala en que la educacion relijiosa se haya distribuido.

Los Estados, cualquiera que sea la forma de Gobierno de que se encuentren investidos, están basados en las relaciones mútuas que ligan a los individuos que los constituyen; mantener la harmonia de esas relaciones, he aquí su misión. Miembro de la familia, esposo, padre, ciudadano, magistrado: tales son las modificaciones que afectan al individuo relativamente a los demas seres de su especie, modificaciones que multiplicadas diversamente forman lo que llamamos «naciones o Estados».

El derecho de filiacion le hace pertenecer a una familia, cuya felicidad i ventura podrá hacer sin duda alguna si recibe una esmerada educacion relijiosa, lo que no podrá menos de redundar en provecho de la sociedad a que pertenece. Permitidme, señores, trazar rápidamente el desarrollo progresivo del individuo cuando ha tenido la dicha de nacer en medio de la sociedad cristiana, i llega a lograr una educacion relijiosa. ¿A quién será confiado el niño al nacer? cuál será la mano bastante delicada, bastante ingeniosa, bastante tierna para salvar esta criatura que acaba de venir al mundo con las lágrimas en sus ojos a tomar un asiento entre el bien i el mal? La madre, señores: ella ha comenzado en cierto modo su educacion en el seno mismo en que lo llevaba. Cada oracion, cada palabra, cada suspiro de la madre, era un rocío divino con que Dios, que coordinaba sus músculos con profundo misterio, lo preparaba como una tierna planta para comunicarle mas tarde la sávia de la ciencia que dá la vida. El sacerdote lo toma en sus manos, le pone el sello de la inmortalidad i lo entrega a los brazos maternos para que al mismo tiempo, que se desarrolla la naturaleza, tan pronto como sea capaz de aprender, le inocule palatinamente las sublimes verdades de la relijion; porque el «niño, segun el pensamiento de Monseñor Donnet, (11) es una planta tierna i delicada que exige mucha atencion i sabiduría para apartar de ella las yerbas parásitas i venenosas que se apresuran a disputarle los jugos de la tierra i el rocío del cielo». Con tal esmero recibe las lecciones de la moral mas pura, conoce a Dios por su autor, confia i espera en su providencia dándole el amor preferente que le corresponde, i el amor relativo que de-

(11) Discurso sobre la educacion relijiosa.

be a las criaturas. La probidad, la honradez i buena fé que se necesitan en todos los negocios, el respeto al santo nombre de Dios para sostenerla palabra humana, la sumision a sus padres, la pureza del corazon, la inviolabilidad de la propiedad ajena, i otra multitud de sagrados preceptos señalan al niño, mejor que cualquiera otra ciencia humana, el camino único por donde puede llegar a la verdadera felicidad, i por consiguiente a ponerse en aptitud de elaborar la del estado en un porvenir no distante. Formemos el tierno corazon segun las máximas divinas, i tendremos despues un hombre íntegro i perfecto, un ciudadano laborioso i entusiasta por la verdadera grandeza de su patria. La esperiencia nos enseña que los hombres que han recibido mejor educacion relijiosa, han sido los que han hecho mas grandes bienes a la humanidad.

Bien pronto desaparece la infancia, i se anuncia la juventud con sus instintos de libertad. Si en esta edad de ilusiones i de dorados ensueños no se le hace oír la voz de Dios manifestada en la sana doctrina ¡ai del hombre i del porvenir del estado! Aquí se le presentan montañas inmensas que vencer para conservar los elementos de un hombre de bien. Halagado talvez por los bienes de fortuna, el jóven se asocia a un círculo corrompido que lo anima para toda clase de desórdenes; cierra sus oídos a la voz tierna i solícita de sus padres; frecuenta las orfjas mas licenciosas; malbarata sus bienes estraidos las mas veces furtivamente de las arcas comunes de la familia; de ahí pasa frecuentemente a otra esfera mas elevada de crimines, i no encontrando donde satisfacer la sed de felicidad que lo consume animado por la ambicion, se forma prosélito con sagaz artificio, clama contra la autoridad que sostiene sus desmanes, trama revoluciones, i trata de escalar el poder por todos los medios que puede encontrar a mano en su desesperacion, poniendo así en alarma i zozobra el suelo mismo en cuyo seno dió su primer paso en la vida. Estos son, jeneralmente hablando, los males que acarrea a los pueblos la falta de educacion relijiosa. ¿I podrán los estados mantenerse firmes con esta carcoma que corroe el corazon de la sociedad? Aprenda la fugasa juventud a reprimir los apetitos desordenados con una voluntad decidida i constante en la práctica del bien que le ha enseñado en sus primeros años una educacion esmeradamente cristiana; porque de otro modo la actividad de su alma queda encadenada a las mas vergonzosas pasiones. Dísraido i disipado el espíritu por deseos que se reproducen sin cesar, i rodeado de fantasmas impuros pierde su vigor i actividad; la memoria se ofusca, el carácter se enerva i se endurece el corazon. De aquí nacen esas jeneraciones raquíticas i afeminadas que no son capaces de sostener los sagrados intereses del estado, que viven en el profundo sueño del mas miserable egoismo, i cuyos órganos gastados se sienten inutilizados por las enfermedades i dolores. «He visto, decia el Abate La Mennais (12) algunas de estas desgraciadas víctimas de una pasion devoradora, en la flor de la edad, ofrecer ya la asquerosa imájen de una completa decrepitud». Con tal veneno no solo se estingue en el jóven la vida moral, sino la vida material i física, destruyendo así prematuramente los principales elementos de la prosperidad de un estado. No por esto intento hacer la apolojía de toda la juventud ilustrada con la doctrina sagrada considerándola enteramente exenta de todos estos males; no, lo que yo sostengo es que la educacion cristiana asegura la felicidad de los pueblos en cuanto es tambien un medio eficaz para contener las pasiones, para hacer fuerte el

(12) Indiferencia en materia de relijion, tom. I cap. 9.

corazon; pero de ninguna manera, que el hombre que de todo abusa, no pueda precipitarse en un abismo, olvidando tan sabias i tan santas máximas.

La educacion relijiosa hará la felicidad de los ciudadanos, i por consecuencia precisa la del estado. Así como pertenecemos a Dios por la naturaleza, a la familia por la sangre, pertenecemos tambien a la patria por el nacimiento. El hombre salido del hogar de la familia, contrae otras obligaciones mas penosas, mas sagradas, i que por lo mismo exigen una educacion estremadamente relijiosa. Si se consagra a una profesion científica, al foro por ejemplo, necesita sin duda de la voz pura de una conciencia ilustrada por la verdad, para desempeñar estos importantes deberes, los cuales muchas veces pueden ser alicientes poderosos para fraguar la ruina de los particulares, i hasta para comprometer la tranquilidad del estado. ¿Cómo podrá mantener la dignidad de su puesto el hombre que, estando dominado por la avaricia i por la mala fé, tiene su conciencia estraviada del recto camino de la justicia, por no haber tenido las competentes nociones de la relijion divina (13) que manda dar a Dios lo que es de Dios i al César lo que es del César? Por el contrario, en el semblante del hombre cristianamente educado, se divisa a primera vista o la bondad i justicia de la causa o que patrocina, o la falta de derecho con que sostiene la parte contraria. Esa educacion, es señores, un medio para mantener la paz en la sociedad i en el estado; pues no pocas veces vemos con dolor que se arraigan odios i mezquinas venganzas que solo la relijion con su influencia puede arrancar del corazon. Ella inspira la conformidad en los tabajos, i esta palabra puede mucho en el alma del hombre probo.

Para conocer mejor los estragos que hace la falta de la educacion relijiosa con gran detrimento de los estados, considérese sobre todo a la jente de la última clase de la sociedad. Acostumbrado el jóven proletario a relacionarse con hombres entregados a las pasiones mas vergonzosas, sin freno de niugun jénero que lo contenga, sigue como por una necesidad precisa en su clase esos mismos hábitos de desmoralizacion que ha observado en el círculo de sus amigos i domésticos. El robo, la embriaguez, el concubinato i hasta el homicidio, son por lo comun como sus costumbres dominantes; i miéntras que mata el tiempo en los burdeles, pierde las épocas mas preciosas para el trabajo de donde tan copiosos bienes pueden recojer el estado. ¿I cuál es la causa de este desórden sino la falta de educacion relijiosa? Sí, por esta falta vemos con dolor que una numerosa porcion de nuestro bajo pueblo pasa largos años en penosas prisiones, miéntras que podia ocupar sus brazos en trabajos honrosos, elevándose a un círculo mas alto i mas digno de la grandeza del hombre. «Los niños que hemos dejado crecer sin educacion, decia el célebre cardenal Wiseman, (14) son los que forman la mayoría de los criminales. I cuando la mano de la justicia no puede alcanzarlos, deja a esos proscritos de la sociedad, errando de cualquier suerte en sus confines, buscar su subsistencia bien por la astucia i con mas frecuencia por el crimen». Los grandes deberes de todo ciudadano se encierran en estas dos palabras; respeto a las leyes, amor a sus semejantes. Pues bien, con la educacion relijiosa los veremos cumplidos en toda su estension. Yo no dudo un instante que tan buenos resultados se dejen sentir entre nosotros, desde que la prensa, órgano de la verdadera civilizacion, renunciando cuestiones de poco valor i talvez de per-

(13) San Marcos, cap. 12 v. 17.

(14) Discurso sobre la educacion reijjiosa.

juicio para la sociedad i el estado, se consagre a la educacion relijiosa del pueblo, de ese pobre pueblo que mas de una pluma ha querido estraviar con palabras fascinadoras i con principios inadmisibles en un pais eminentemente católico como el nuestro. La sociedad de instruccion primaria, esa porcion selecta de ciudadanos amantes de la verdadera civilizacion, ha dado impulso a una obra santa, de donde el estado recojerá mas tarde ópimos i sabrosos frutos. Aprovecho esta ocasion solemne para ofrecer mis cortos esfuerzos en la educacion relijiosa de la juventud, única que puede hacer la felicidad de los pueblos en general i la de cada ciudadano en particular.

La familia se compone de tres clases de personas: el padre, la madre i el hijo. Por haber hablado de éste, diré algo sobre los dos primeros, que unidos legítimamente forman la sociedad santa del matrimonio, que por su parte interviene mui inmediatamente en la felicidad del estado. Segun la tradicion consignada en los libros santos, habiendo hecho Dios al hombre, le miró i vió que estaba solo. Envióle pues un sueño misterioso, i mientras se hallaba sumerjido en él, poniendo la mano en su corazon, arrancó una parte del escudo natural que lo cubre, formó con ella un ser nuevo i habiendo despertado al hombre, le presentó la compañera de su vida. El hombre enajenado, pronunció la primera palabra de amor: «hé aquí, dijo, el hueso de mis huesos, i la carne de mi carne.» (13) Esta palabra, señores, o mas bien, este cántico sublime, encerraba la intimidad reciproca del hombre con la mujer, i la indisolubilidad de su union. Nuestro Señor Jesucristo santificó ésta, elevándola a la dignidad de sacramento. Los esposos divisan al fin el fruto de este vínculo sagrado ¿i qué deber les impone la relijion para con él? ¿Será únicamente el cuidado de alimentarlo i salvarlo del rigor de las estaciones? No señores, hai otro mas grande aun, pues que de su exacto cumplimiento pende nada ménos que su felicidad presente i futura, la del individuo i de la sociedad, el de educarlo relijiosamente.

Cuando una esmerada educacion relijiosa ha formado temprano el corazon de los esposos, el corazon de los hijos será tambien vaciado en el mismo molde. Dios, esa palabra santa, sonará a todas horas en sus balbucientes labios, i el prójimo su hermano, recomendado constantemente por sus padres, será el objeto de sus mas tiernas afecciones. ¡Con qué tino dos esposos instruidos en la doctrina divina, no señalarán al hijo comun el modo de salvarse de los escollos del vicio! ¡Cómo no le inspirarán el respeto al que manda, como un deber de conciencia, la honradez i buena fé de los contratos, la serenidad en la desgracia, el desprendimiento, la abnegacion i filantropía, cuando se trate de defender los grandes intereses del estado! ¡Ah! dichosos una i mil veces los pueblos en donde la moral cristiana, que comunica ese poder asombroso i divino para cambiar los hábitos malos de una naturaleza corrompida, constituye la base de la educacion popular! Demos por un momento que las pasiones hayan manchado el tálamo nupcial, i debilitado el verdadero espíritu de la educacion recibida en la juventud: la voz secreta de la conciencia reclama a todas horas la rehabilitacion de esa fé que el cónyuje culpable juró ante la presencia del ministro sagrado, vuelto en sí, dá una mirada de ternura al objeto de su puro amor, i lleno de confusion recurre al sacerdote, deposita a sus pies los inmundos trofeos de un corazon victima un momento de una infame pasion; vuelve gustoso al seno de su legiti-

(13) Gen. cap. 2 v. 27.

mo dueño, implora el perdón de la parte ofendida, se consagra con mayor empeño al cumplimiento de sus sagrados deberes, i el estado ha recuperado un hombre que talvez estaba al punto de perderse para siempre.... No sucede así en los pueblos en donde no gobierna las conciencias la civilización cristiana, i es digno de notarse que no hai comparación en atentados de esta naturaleza, entre los pueblos católicos i los disidentes. La sana erudición de los hombres desocupados ha garantido ya la verdad de esta observación.

Por fin, donde se conoce mejor la influencia de la educación religiosa en el porvenir de las naciones es en la magistratura de los estados. Llamado un hombre a tan alto i delicado cargo, puesto por la misma sociedad como guardian de la justicia, tiene en sus manos la felicidad o desgracia de sus semejantes. Apoyado en la vara de la equidad i de la justicia, no tendrá otro norte que la rectitud de su conciencia, desde que haya sido educado en los principios cristianos; será sordo a los compromisos de la amistad, i mirará como un atentado infame cualquiera tentativa para entorpecer el verdadero sentido de la lei. ¡Oh señores! la religión puede mucho en el corazón, i fortifica los buenos sentimientos que acompañan al hombre en todos los negocios públicos. I sea dicho de paso en honor de nuestra magistratura: esa pureza de costumbres, esa integridad a toda prueba de que han dado ejemplo tantos hombres eminentes, que vosotros habeis conocido, se deben en gran parte a la esmerada educación religiosa que recibieron en su juventud.

Todos los gobiernos que ilustrados por el faro del Evangelio, dirijan la marcha de los pueblos, los conducirán sin duda a la cima de la prosperidad moral i material; de lo contrario marcharán desorientados, encontrarán mil tropiezos, i nunca conseguirán los grandes bienes que estan llamados a promover en los pueblos cuya dirección les ha confiado la Providencia. «Una experiencia harto dolorosa ha demostrado a los gobiernos, ha dicho un célebre compatriota nuestro, (16) que la religión es base única sobre que puede descansar la felicidad de los pueblos: que todo apoyo cuyo fundamento no sea la conciencia, no es mas que un cimiento cavado en arena movediza i sin fuerza para resistir ese choque constante producido por los intereses opuestos que combate las instituciones de los pueblos. La conciencia ilustrada por la fé es la única que puede dar garantías, i por eso las sociedades que la abandonan no presentan esperanzas de seguridad ni de paz». «En pos de los sofismas vienen las revoluciones, i tras de los sofistas los verdugos, decía un diplomático esclarecido». (17) Si, señores, la educación religiosa solo podrá preservar a los estados de la ruina que los amenaza. Las naciones marchan en este siglo de luces, ha dicho muy bien uno de nuestros mas elocuentes oradores, ningun poder humano podrá contenerlas en su carrera: i Chile, nuestra querida patria, marcha tambien a la vanguardia de todas las repúblicas americanas; pero afiancémosla con nuestras fuerzas, para que impulsada por la acción ardiente de la educación religiosa, corra veloz como el pensamiento a tomar el lugar que le ha señalado la divina Providencia. Así habremos desarrollado el gran programa de independencia, de civilización i de progreso que nuestros padres iniciaron en 1810: porque donde está el espíritu del Señor, allí crece i se eleva hasta los cielos el árbol frondoso de la libertad. «*Ubi spiritus Domini ibi libertas*». (18)

(16) Eyzaguirre, Catolicismo etc. tom. 2 cap. 23.

(17) Donoso Cortés. Ensayo sobre el catol. c. 1.

(18) Epist. 2 ad Corinth. cap. 3 v. 17.